11021

TRIUNFAR DESPUÉS DE MORIR

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO
DIVIDIDO EN CINCO CUADROS

ORIGINAL DE

ENRIQUE DE BUEN VALEX

ESTRENADO POR LA COMPAÑIA LEÓN DE
ROMÁN-CUMELLAS EN EL
TEATRO PRINCIPAL DE FIGUERAS
LA NOCHE DEL 11 DE DICIEMBRE DE 1924

MADRID

PRECIO: 2 PTAS.

TRIUNFAR DESPUÉS DE MORIR

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO
DIVIDIDO EN CINCO CUADROS

ORIGINAL DE

ENRIQUE DE BUEN VALEX

ESTRENADO POR LA COMPAÑÍA LEÓN DE ROMÁN-CUMELLAS
EN EL TEATRO PRINCIPAL DE FIGUERAS
LA NOCHE DEL 11 DE DICIEMBRE DE 1924

Esta obra es propiedad y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

TRIUNFAR DESPUÉS DE MORIR

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LUCILA.	*Sra. Peris*
LA MARQUESA DE PUIGUALBA .	» *Millanes*
DOROTEA.	*Srta. Ribas*
ANDRES.	*Sr. León de Román*
PADRE JUAN	» *Gómez*
FELIPE (Jorobado)	» *Cumellas*
VENTURA	» *Prats*
DIRECTOR PENAL	» *Aloguin*
CABO DE VARA	» *Prats*
VIGILANTE 1.º	» *Arnal*
Id. 2.º	» *X.*
PRESIDARIO n.º 50	» *Montemayor*
Id. » 62	» *Gómez*
Id. » 181	» *Cumellas*
Id. » 410 (Este es Andrés.	» *León de Román*
UN MENDIGO.	» *Montemayor*

Un juez, un escribano, un cura, un verdugo,
un sargento, un pelotón de soldados de infantería,
una pareja de la guardia civil y gente del pueblo
de ambos sexos

La escena se desarrolla en una importante ciudad de España.

EPOCA ACTUAL

ACTO PRIMERO

Buardilla, representando una humilde salita comedor de sencillos trabajadores. Una puerta a cada lateral y otra al foro practicables. Entre la puerta derecha y foro una reja o claraboya por la cual entrará un claro rayo de luna que dará sobre una mesa escritorio provista de recado de escribir y libros bien ordenados. Máquina coser cerca lateral izquierda, cómoda, sillas, cuadros, etc., en sitio adecuado. Un quinqué encendido sobre la cómoda. Son las 8 de la noche de un día de verano. Izquierda y derecha la de los actores.

ESCENA I

LUCILA y ANDRES. (Ella sentada y cosiendo en la máquina. Él, escribiendo y poco después contemplando el rayo lunar.)

AND. —¡Oh, hermoso rayo de luna!
¡Oh luz ténue de misterio!
Voy hacia a ti en cautiverio,
pues me ofreces la oportuna
libertad de mi criterio.
Alza a la prole doliente
el alma que humilde arrastra,
y seas la gran pilastra
que en sostén la hagas creyente
sin halagos de madrastra.
Y así erguida y magestuosa
esa ciencia que es amor,
nos será el triunfo mayor,
pues tú serás más hermosa
y yo seré un redentor.
Amar solo es mi destino
y estudiar con frenesí
es el lema que adquirí;
mas si el mal sale al camino,
no tendrá queja de mi.
Yo consuelo aquel que llora;
yo le doy sin sacrificio,
las ganancias de mi oficio,
si con ellas redentora
lo salvo del precipicio.
Y así feliz y dichoso,
voy fundando mis creencias;
y voy salvando conciencias

608408

en lo grande y virtuoso
de las más sagradas ciencias.
No sé, si es dicha o placer;
no sé, si es ansia o amor;
no sé si es pena o dolor,
o un funesto enloquecer
que me da vida y calor.
Lo cierto es, que escribo tanto,
con ilusión tan vehemente,
que parece que mi mente
presa del mayor espanto
va a sufrir eternamente.
Mas, veamos lo que hacemos.
Brille, si, la ardiente tea;
y que por ella se vea
lo que los hombres valemos
para que a la Gloria sea.
Cruel y extraño desconcierto;
intrigas, traición, amores,
paz, luz, ideas, flores,
lenguas que tañen a muerto...
maremagnum, de dolores.....
¡Oh! esto no: yo pido vida:
vida, ilusión, regocijo...
esto sí, si que lo elijo...
pues por riña fratricida
a Caín, Dios lo maldijo....

(Pausa y escribe de prisa)

Luc. —¿Qué es lo que haces, hijo mío?

And. —Escribir, para que sepan
los que no conocen leyes
en el campo de las letras,
mas que su insano egoísmo,
riéndose del que empieza,
que es muy vana presunción
comprar talento en la feria.

Luc. —Rara manía.

And. —Te equivocas;
no es manía, sino idea;
es el conjunto, es un ramo
de sencillas violetas,
que mi alma humilde ha esparcido
para que aprecien la esencia.

Luc. —Estás poético.

And. —Razonable dirás,
madre mía; y cuando sepas,
el calvario ingrato, innoble,
que nos trazan o condenan,
los que brillan como antorchas;
los que brillan como estrellas;

tan solo por el delito
de nacer en la miseria,
y ser incógnito, oscuro,
en el campo de las letras,
entonces, sabrás que digo;
comprenderás mi protesta;
me abrirás los brazos luego,
y me dirás, dulce y tierna;
¡sube, hijo mío, sube,
a esa Gloria que te niegan:
que si la razón tiene alas,
con la razón ya te elevas!.....

(Pausa breve).

Luc. --No me desagrada oirte;
veo tu progreso y ciencia
en ese hermoso artificio
que tú llamas, bellas letras,
pero debo de advertirte,
como juiciosa experiencia,
que cuando esgrimas la pluma,
sea para lo que sea,
mires adelante siempre
para que no retrocedas.

And. —¿Y si me vieras caer?

Luc. —¿Por qué razón?

And. —Por la idea.

Luc. —¿Es santa?

And. —De redención.

Luc. —¿Es censurable?

And. —¡Bendita y bella!.....

Luc. —Pues, no te arredre, hijo mío,
seguir por la santa senda,
si es que hay honra en sus pastores,
si hay gratitud en sus ovejas.

And. —Un abrazo, madre mía...

(Corre hacia ella).

Luc. —Toma cien...

And. —Y ahora, me dejas:
quiero en el grato rincón
coordinar bien mis ideas.

(Besándole).

Luc. —Adiós, hijo mío...

And, —Adiós, madre...

Luc. —Ojo a lo de...

And. —No pases pena.

(Mutis Lucila izquierda)

ESCENA II

ANDRÉS. (Muy pensativo váse a la mesa y escribe muy nervioso).

AND. —Solo y encerrado estoy
para comenzar un drama;
y, aunque no encuentro la trama,
por eso a buscarla voy.
Veamos. Venga argumento;
cuartillas, tintero, pluma;
una mujer que presuma
y otra que le de tormento.
Aquí un viejo acaudalado;
y allí, su hijo, un perdido,
que del hogar santo ha huído
habiendo al padre robado.
Una sirviente que grita;
un portero servicial;
un hombre que no lleve un real
y que vista de levita.
Y ya tengo medio armado
el argumento feliz;
falta un corto de nariz
y otro de rostro alargado.
Pero, ¿qué digo? ¿qué hago?
¿es drama o sainete necio?...
¡Es sainete!... ¡Te desprecio!...
¡Toma, imbécil, que es tu pago!...
(Rompe lo escrito y tira al suelo. Pausa breve).

.....

(Tocándose la frente).

—Es aquí, donde germina
el extraño desconcierto.
Venga la llama divina,
ahora que el papel se inclina
como si pasase un muerto.
No es cadáver el que pasa;
es la vida, es la razón;
es el drama de una casa,
que juega y vende sin tasa
la sangre del corazón.
¡Nefasto acontecimiento,
pero, muy corriente hoy día!...
(Pensativo).
¿Por discernir un tormento
como base de argumento,
hacia la Gloria yo iría?
(Pausa breve).
¡No, no puede ser; a descansar
que el sueño es reparador...

¡quien sabe!... si al despertar,
puedo encontrar por azar,
lo que ahora no halla mi humor.
(Pensativo, mirando a la reja o luna).
¡Luna!... ¡Luna!... ¡y qué bella eres!...
¡qué resplandor tan divino
para inspirar a los seres!...
¡Déjame, soñar, si quieres,
de la Gloria su camino;
y si despierto en la Gloria,
subiré a estar a tu lado
para honrarte con mi historia!...
¡Esta sola es mi ilusoria,
Reina de lo consagrado!...
(Queda dormido sobre la mesa).

ESCENA III

ANDRÉS y PRESO n.º 410. (Andrés duerme: y el preso 410 que será el que hablará en escenas sucesivas que representa un sueño, y representa la misma persona, puede verificarse por medio de un transparente en la puerta del foro o en la pared; pero en resumen deberá ser la estrecha celda de un presidario, que estará un poquito más iluminada que la escena propiamente dicha que permanecerá a merced del rayo de luna que entrará por la claraboya o reja del buardilla.

PRE. 410. —Hijo soy de padres pobres;
pero con cierto talento
para buscar una gloria
que nació ya de pequeño.
Desde niño ya mi madre,
inculcóme en el cerebro
amor a la observación;
callar ante el vulgo necio;
enseñar al que no sabe;
respetar mucho a los viejos;
y en las miserias del mundo
comportarlas en silencio,
que estas bellas cualidades
siempre con cuidado observo.
Ya adolescente, me hizo,
distinguir lo blanco y negro
de las humanas pasiones;
lo que significa obrero;
que muchos, esta palabra,
no la conocen de dentro.
Mayorcito, discutí
con genios, sabios y necios;
nos asociamos los hombres;
defendimos los derechos;
y el burgués siempre vivaz

para echarnos el anzuelo,
mil jugarretas nos hizo
tergiversando los términos.
Más ¡ay! que el alma es muy grande
cuando hay justicia y talento,
como es grande y miserable
del avaro, el vil deseo.
Cierto día, del trabajo
salí yo; era en invierno;
y cantaba porque iba
más tarde hablar en un centro,
de asuntos relacionados
en defensa del obrero,
pues a decir verdad lo era
el trabajo muy intenso.
No sé que mano tan negra,
o que bajo sentimiento,
hizo que tranquilo en casa
por la Ley, quedase preso.
Protesté, más que si quieres...
¡Era una orden del gobierno!...
¡Qué importa clamar con honra,
si a nadie llegan sus ecos!...
¡Oh, mísera conciencia humana!
¡Recréate al verme hoy preso!
pero, dime: ¿por qué estoy?
¿no respondes?... ¡Te desprecio!...
(Pausa breve).
....
Pido justicia y en vano
me otorgan lo que deseo;
no importa que me acorralen
por la idea, mi cerebro,
si al morir por mi razón,
glorifico lo que debo.
No interrumpáis mi camino,
que interrumpirlo es de necios;
no me digáis ni palabra
que estaré más satisfecho.
No preguntéis donde voy,
aunque me fuere al infierno;
dejadme en paz, que ya es hora
de que me dejéis contento,
pues soy, lo que muchos: hombre,
guiado por su cerebro.
Que queréis de mí, ¡oh, jueces!
que aprisionásteis mi cuerpo
con la férrea cadena
sin escuchar mis lamentos.....
¿Queréis la vida?... tomadla,

ya os la doy; aunque yo debo
protestar como inocente
de una mancha que no tengo.
¿Yo he robado?... Os calláis.
¿Yo maté?... Tampoco es cierto.
¿Que mi idea es altruista,
grande y firme hacia el opreso?
esto si, si que es verdad;
y ojalá me oyera el cielo;
que aquí en la tierra, ¡Dios mio!...
¡Cómo, oh Justicia, te han puesto!...

(Pausa).

.....

ESCENA IV

DICHOS. (Andrés sigue durmiendo. Aparece frente al preso 410 un juez y un escribano haciendo diligencias judiciales en mímica).

PRE. 410. —Más, ¿qué veo?... La Justicia
entra a mi prisión?... sospecho,
mala celada; más venga
enhorabuena que espero
decirla lo que en un juicio
no se vió claro el destello.
Hablad, señor juez, que escucha
este desoído preso,
lleno aún de honor y nobleza
por defender su derecho.
¿Os calláis?... ¡Valiente mímica!
mímica que no comprendo...
¡ay! si vosotros sufriereis
de la prisión sus arrestos;
no fuereis hombres ingratos;
ya clamaríais al cielo...

(Pausa. Mutis juez y escribano).

¡Como! ¡Qué! ¿Os marcháis?
No me dejéis, no, que el silencio,
daña más que las palabras,
daña más que mis lamentos,
son cual minas en conjunto,
guturales ayes son, ecos,
que deprimen al vencido
que inocente han puesto preso...
Más, ¡pobre de mí!... marchaos
de este rincón sucio y negro,
mientras el sol brilla altivo
negándome sus destellos,
en esta oscura caverna.

en este cruel encierro,
por el delito de amar,
la fé, razón y derecho.

(Pausa breve).

ESCENA V

DICHOS. (Andrés durmiendo. Por el foro o el transparente donde representa el sueño, entra un sacerdote con cruz alzada).

PRE. 410. —Otra que tal. Señor cura.
¿Venís a escucharme presto?
¿Venís con la santa unción?
¿Venís con los santos óleos,
a honrar, al que resignado
cayó por la idea al suelo?...
¿Venís ungidos de fé?
¿Os mandó el Divino Maestro
a redimir a un cautivo
que sufre los desaciertos
de un veredicto sin táctica
que ha culpado a un pobre reo?...
¿Qué necesito o qué debo
yo hacer, si me persigue
mi signo implacable y tétrico?
¿También calláis? ¡cómo el juez!
¿Qué presagios, crueles, negros,
circundan mi celda umbría?
¡Atrás, fantasmas! que el reo,
no necesita aflicciones
sino libertad; solo eso...

(Pausa breve).

ESCENA VI

DICHOS. (Sigue Andrés soñando. Aparece en el lienzo o calabozo un verdugo. Va con cuerdas y una hacha al hombro).

PRE. 410. —¡Horror!... ¡El verdugo!...¡Vete!...
¡Vete mal amigo!... ¡Cruel agüero!...
No me llenes de aflicción,
porque dudo si ahora sueño.
Yo busco luz, alegría,
vida, justicia, lo bueno...
¿Como te atreviste a entrar?
¿Por qué vienes a mi encuentro,
si mis doctrinas son puras
cual la luz del evangelio?
¿Eres un Judas que vendes
a Jesús por vil dinero,
o eres un rebelde espíritu
que me haces soñar despierto?

Palpa, háblame o gira
hacia otro lado tu cuerpo,
si al venir por mí no honras
la Ley, la Paz o el Derecho...

(Pausa breve).

Vete o ven, yo te lo mando;
y sea lo que sea, quiero
atenderte o darte adiós,
si eres como yo, sincero.
¿No me haces caso?..¡Vete!..¡Vete!..

(Se le acerca el verdugo amenazador).

¡Atrás!... ¡Atrás!... ¡Instrumento!...
¡Qué!... ¿No te vas?...

(Agita la cadena el preso).

seré yo
quien se vaya... ¡ay!... no puedo...

(Alza el hacha el verdugo).

¡Oh, oh!... ¡detente un instante!
¡No seas malvado y ciego!
que todavía la hora
no ha sonado de tu fuero

(Baja el hacha y lo coge de un brazo al preso).

¡No me detengas verdugo!
¡Paso a la honra!... ¡Eso!... ¡Eso!...

(El verdugo lo suelta).

¡Atrás te dije!... ¡No vengas!...
¡Calma tus iras y excesos!
que el hombre que guía al hombre
como yo; que guía a un pueblo;
y le dá paz y fortuna,
consejos, sangre y su cuerpo,
no es justo, que le atropellen,
jueces, verdugos ni fueros...

(Huye el verdugo. Desaparece el sueño).

ESCENA VII Y ÚLTIMA

ANDRÉS. (Despertando se mesa los cabellos como loco).

AND. —Soñaba. Con qué tristeza
debió agitarse mi ser,
cuando se dejó caer
sobre el pecho mi cabeza.
Un escribano y un juez;
un sacerdote, un verdugo,
¡yo el reo!. . sino madrugo
al despertar, tal vez...
Más, ¡oh! realidad querida;
dulce, grande y bella idea,
ya puede ya, arder la tea
de la discordia homicida

Que mientras mi corazón
palpite como palpita,
y el cerebro me repita
lo que justo es de razón,
en vano es que el hombre intente
trazarme un rumbo distinto;
pues mi fe, razón e instinto,
dará cauce a la corriente.
Y en esta creencia estén
quienes lean mi doctrina;
mi dogma, a nadie se inclina:
pues mi dogma, es hacer bien.
Y haciendo bien, he ahí
mi argumento en perspectiva;
quiera mi suerte que viva;
empieza, mi drama aquí.

TELON

ACTO SEGUNDO

Rectoría rural muy próxima a la ciudad donde se desarrollaron las anteriores escenas.

Puerta completamente abierta al foro por donde se divisa el arbolado de un bosque y la carretera.

Una puerta a cada lateral ambas practicables.

Mesa y sillón izquierda; un crucifijo cerca ángulo derecho, y varias sillas en sitio adecuado.

En el ángulo izquierdo una gran reja que dará vista al campo y habrá unas macetas con flores.

ESCENA I

PADRE JUAN y GENTE del PUEBLO. (De ambos sexos. El cura en el centro muy calurosamente los exhorta al bien).

P. JUAN —Ya quedais bien enterados;
a las cinco la novena;
poco después el rosario;
y el domingo, una gran fiesta
con «Tedeum» inclusive,
en honor de una marquesa,
que dicen, es la señora
más buena que hay en la tierra.

UNA JOVEN —¿No será exageración, padre?

P. JUAN —Yo solo diré que es buena;
que los pobres siempre rien,
siempre que hacia ellos se acerca:
pues los socorre y anima
en sus miserias y penas.

OTRA JOV. —Así es buena en realidad.

P. JUAN —Esta es la verdad; y si fueran
como ella, la cuarta parte,
de las almas de la tierra,
que unas por sus ambiciones,
y otras por lujo o por tretas,
dejan a la desventura
las más sensibles miserias,
el mundo, sería mundo;
pero el goce y la soberbia
daña a la filantropía
de un modo que desconcierta.
Por esta causa os exhorto
en los sermones, que sea,

sin que averigüe la izquierda
lo que en un rasgo de amor,
hizo con fe la derecha.

UNA JOV. —Muy bien dicho.

P. JUAN —Y ahora,
idos; y hasta luego... ¡ea!...
que las horas son más santas
cuanto más bien se aprovechan.

UNA VIEJA —Quede con Dios, padre Juan.

UN JOVEN —Hasta luego padre.

P. JUAN —Sea,
nuestro buen Jesús consuelo,
indicándonos la senda,
a todos los que le amamos
por lograr la vida eterna.

(Mutis foro los feligreses. El cura los despide sonriente. Después váse a contemplar las flores de la reja).

ESCENA II

PADRE JUAN. (Después de una corta pausa).

P. JUAN —Y vosotras, bellas flores,
¿nada me decís para ella?
¿no guardáis vuestros perfumes
para la bella marquesa,
que ocultando su linaje,
dulce, solícita y tierna,
acude con la sonrisa
a mitigar las miserias?
¿Nada me decís?... ¡Ingratas!...
Vosotras que sois tan bellas,
y el don del cielo tenéis
para derramar esencias,
¿me dejaréis sin cumplir,
vuestra misión en la tierra?...
Ya sé que no; estoy seguro;
pues, aunque no tenéis lengua,
vuestros colores me dicen,
que aún existe la vergüenza
para obsequiar con amor,
a la ínclita marquesa.
¿No es así?... pues, basta;
creced y aumentad la esencia;
que el sacrificio de un día
si es con amor, que se eleva,
nuestro Dios, que todo ve,
lo premiará con largueza.
Ea, flores; hasta luego.
Me parecéis hoy más bellas.

(Mutis izquierda).

ESCENA III

LUCILA Y ANDRÉS. (Entran con mucho respeto por el foro. Después de una breve pausa, ella atisba en todas direcciones. Va Lucila vestida humilde y con mantilla. Él de obrero mecánico y descubierto).

Luc. —Pasa, hijo mío. El buen cura,
te dará o no la razón;
él es de buen corazón
y entiende literatura.
Si vale tu obra, no dudes,
saldrá muy pronto a la luz;
y así se abrirá el capuz
que cubre tantas virtudes.
Si nada vale...

And. —¡Eso no!.....
¡no digas, que nada vale!...
ya ves, que bien que me sale...

Luc. —Perdóname... que sé yo...

And. —Perdonada estás. ¿Qué haría,
con agraviarme contigo?
Si con amor te bendigo,
¿por qué te aborrecería?
No pienses así de tu hijo,
aunque su fe se taladre;
¡fuíste, y serás tú mi madre:
no la otra, que me maldijo!...

Luc. —No reverdezcas la historia
que te enseñé de pequeño.

And. —Ya sabes, que soy muy dueño,
de honrarte con la memoria.

Luc. —¿Tú?...

And. ¿Qué fuera yo sin tu amor?
sin aquel dulce desvelo,
mezclado con un consuelo,
que no puede haber mejor?
Cuando recuerdo que fuiste
la fuente de mis amores,
sufriendo inicuos dolores,
desde que me recogiste,
calcula tú, si mi cuna,
la habré bendecido veces...

Queda muy triste.

Luc. —¡Hijo mío!... Le consuela.

And. —¡Madre!...

Luc. —Palideces
y le asustas tanto a una...

And. —No pases ansia por mí,
ahora que la vida entiendo;
yo solo de esto comprendo
que debo cuidarte a tí.

Luc. ¿A mí?
And. Sí. Y trabajaré
con la ilusión más sincera.
Luc. ¿Y si hallas la verdadera
madre?
And. —Entonces, más te amaré.
Luc. —Mira, que es tu sangre; mira...
And. —¡Calla!... ¡Que no conozco yo a ella!...
Luc. —Es joven, es rica, es bella...
And. (Enérgico) —¿Más bella y rica que tú?... ¡Mentira!...
Luc. —¿Por qué me hablas de ese modo?
¿te he causado algún dolor?
And. —Nada de eso, sino amor;
porque para mi eres todo.
Luc. —Sin embargo...
And. —No me insistas.
Luc. ¿Por qué?
And. —Porque me sacaste
de una deshonra que hallaste,
mancilla vil de egoistas.
Luc. —¡Calla Andrés!
And. —No, eso no:
no puedo callar; me asusto
al conocer ese injusto
desprecio, que pago yo.
—Fuí piltrafa del arroyo,
más por tu amor, recogido;
calcula pues, si te olvido,
sabiendo que eres mi apoyo.
—Y reverdeceré con creces
para honra de mi memoria,
eso, que parece historia,
para elevarte mil veces...
Luc. —¡Andrés!...
And. —Repite, madre, repite,
esa hermosa relación.
Luc. —Perdóname, corazón...
¿por qué quieres que la cite?
And. —Porque el mundo te oiga y crea;
porque sea mi consuelo;
porque haga justicia el cielo
del que se burla y recrea.
Luc. —Pues, escucha:
(Se sientan en dos sillas).
En pleno día,
y en una pobre cabaña,
que con arrullos la baña
fresca fuente de alegría;
donde todo es poesía;
donde no anida el vil mal,

porque hasta el irracional
hace tratos con sus gentes,
naciste tú, de las fuentes,
de una casa señorial.
Yo, doncella de esa casa,
y por ella, recogida,
desde la infancia querida,
les puse amores sin tasa;
pero la pena me abrasa
por algo desconocido,
que como a tí, me han unido
en la desgracia tan fuerte,
que solo con el quererte,
creo me habrás entendido.
Tras la vergüenza yo en pos
crecí en un rosal de espinas,
sin disfrutar, las divinas
caricias que otorga Dios;
más, me hice grande entre dos
tragedias desconocidas;
pues se han salvado dos vidas...
mientras, que unos delincuentes,
han pasado por decentes
ante obras, tan homicidas.
Y no contento el ladrón
con burlarse de esas flores,
que son los puros amores
nacidos del corazón,
tuvo la depravación
de indicarme una vereda,
donde en un Asilo queda,
la victima, su juguete,
quedando libre el pillete
para el amor que suceda..

AND. —¡Traidores!...

Luc. —Y llorando,
contigo en un lienzo envuelto,
el océano revuelto
del olvido iba ganando.
Y ante la mansión llamando,
yo encontré allí otras mujeres,
que depositaban seres
con tal cruel impertinencia,
que, al pensarlo, mi conciencia,
reniega de esos quereres.

AND. —¿Y qué hiciste?

Luc. —¡Una grandeza!

AND. —Cuéntamela.

Luc. —Me contuve,
y retrocediendo obtuve

el rasgo de más nobleza.

Luc. ¡Asqueada!...

And. —¡Oh!...

Luc. —De la impureza
de gentes tan desalmadas,
con mis ahorros, mis mesadas,
y el apoyo de mi Dios,
se hizo el milagro; y en pos,
mis obras son coronadas.

And. (Levantándose) —¡Que vengan, pues, a robarme
el amor de mis amores!
—¡Que vengan, si, esos traidores,
la honra y la dicha a eclipsarme!
—¡Que vengan aquí a quitarme
si pueden, lo que yo estimo!...
—Gentes, que vivís del timo
del amor que es soberano!.....
¡Muera ante Dios el tirano!
¡Muera!... ¡Muera el libertino!...

Se levanta su madre y lo abraza y llora.
Pausa.

ESCENA IV

DICHOS y UN MENDIGO. Este que es cojo no pasará del foro.

Men. —Ave María Purísima.
Un viejo trabajador,
sin amparo y sin consuelo
se muere de hambre, señor...

Luc. —Socórrele, tú, hijo mio...
socórrele...

And. —Voy madre, voy.

Andrés, se queda contemplándole un instante. Después con voz serena dice:

No tiene que comer, ¡pobre mendigo!
y aún baja la cabeza resignado;
el mundo ya comió, él a ayunado,
sufriendo del cruel hambre su castigo.
El vive sin amores, sin abrigo,
por nadie el infeliz es amparado;
es el ser más ruín, más olvidado;
morirá de miseria y sin testigo...
Y aún baja la cabeza tristemente...
¿El carece de derecho en esta vida?
¡Nunca!... ¡Pobre mortal!... ¡Ser viviente!
¡Lleva tu cabeza bien erguida,
que aún hay un mortal, que te ama y siente,
la caridad, como ha de ser bien entendida!...

(Lo socorre y abraza.)

MEN. —Gracias. Que Dios os bendiga,
vuestro hermoso corazón...
AND. —Id con El, si sois dichoso.
MEN. —Queden, señores con Dios.

(Mutis derecha).

ESCENA V

LUCILA, ANDRÉS y Padre JUAN. (Entra éste con una regadera y se dirige a regar las flores.)

LUC. —Buenos días, señor cura.
P. JUAN —Hola, queridos vecinos.

(Hace señal de que se sienten).

¿Qué se ofrece?
LUC. —Queremos,
tan solo pedir permiso
a su digna reverencia
para que hojease un libro,
que en honor a la verdad,
con amor ha escrito mi hijo.
P. JUAN —¿El muchacho?
LUC. —Sí. No es gran cosa
al parecer, lo que ha escrito;
pero me temo que sea,
pasto a la injusticia, olvido,
persecución, vanidad,
rencor, ilusión, fastidio;
¡que me sé yo!... tanto atacan,
cuando un muchacho es novicio,
que todas trabas se juntan
por dejarlo en el ridículo.
P. JUAN —¿Tanto?
LUC. —Tanto, sí. Escuche, padre.
P. JUAN —La escucho.
LUC. —Andrés, mi hijo,
no es la ilusión ni el portento,
no: es mecánico de oficio;
pero a veces dice cosas,
tan bellas para el oído,
que hoy contenta, sin reparo,
y cariñosa le he dicho:
¿Por qué no hablamos al cura
para que examine el libro,
puesto que, en cuestión de letras,
entiende y es muy científico?
El calló; pero las madres,
que amamos tanto a los hijos...
P. JUAN —¡Todas, los aman!...
LUC. —No tal.
P. JUAN —Un caso.

Luc. —Perdone el padre. Repito,
que aquellas madres, que aman,
como debe amarse: con cariño:
los cogen, llevan del brazo,
con fé, ilusión, heroismo,
y al Tribunal de las Letras.
lo elevan diciendo: mi hijo;
un obrero honrado y noble;
en las letras, un novicio;
¡eh, aquí, su producción!
haced justicia a su libro...

Pausa breve.

P. Juan —Buena madre.
Luc. —Y vos, buen padre.
P. Juan —Lo justo solo.
Luc. —Lo digo,
porque siendo vos tan bueno,
justo y cortés, tendréis tino,
para asegurar un fallo;
pues sé que honraréis a mi hijo.
P. Juan —Tenéis fé. Por esto solo,
veré con amor el libro;
y fallaré por cristiano,
y hasta lo haré más bendito.
And —¿Y, a qué llamáis vos cristiano?
P. Juan —Llamo cristiano, a los libros,
que ensalzando las virtudes,
ensalzando a lo divino,
se elevan como las almas
hacia Dios... a lo infinito...
And. —¿Y no os acordáis del hombre?
P. Juan —¿Cómo que no?... ¿Cómo?...
And. —¿Digo?
P. Juan —Si que me acuerdo. Por él,
lucha solo el Catecismo.
Ya ves, si debe ser grande,
nuestra lucha y sacrificio,
al menos, por ciertas almas,
sin fé, rebeldes y huídos...
And. —¡Alto!... Yo soy rebelde, sin fé...
P. Juan —¿Rebelde tú?
Luc. —¡Calla, hijo mío!
P. Juan —¡Terrorista acaso!
Luc. —Señor cura...
And. —Terrorista no: Yo sigo,
solo la vereda que honra
mi conciencia y mi destino.
P. Juan —Pero ¡la idea!...
And. —Igual que vos;
de amor, de fé, y sacrificio.

P. JUAN —Demostradlo.
AND. —¿Que lo demuestre?
P. JUAN —Sí.
AND. —Pues, ahora mismo.
Vos amáis en los altares,
todo lo santo y divino.
Fuera de ellos, ya amáis cosas,
en un sentido distinto.
Yo amo todo lo existente:
todo lo existente y digno,
sin usar de hipocresías
para evitar los litigios.
Los hombres, son tus hermanos;
aunque prefieres los ricos.
Hermanos lo son también,
los que son del mundo mío.
¿Y he dicho mío?... ¡Qué horror!...
¡No es mío, no!... ¡Rectifico!...
¡¡Todo es de todos!!... Buscad,
más equidad más cariño,
y veréis como mi idea
es un nuevo Catecismo.

Pausa breve.

P. JUAN —¡Jesús, que hombre tan perverso!...
AND. —Os engañáis. Siempre he sido,
razonable y dadivoso,
con portentados, mendigos,
sin menospreciar mi fé,
ni la idea, ante el suplicio.
¿No me creeis, así, padre?
P. JUAN —¡No es posible, no; lo repito!...
AND. —Así pues...
P. JUAN —¡Qué!
AND. —No entendiéndonos...
ya no leeréis mi libro...
¿no es así?
P. JUAN —Lo has acertado.
¿Cómo he de tener cariño,
si tu idea ofende al cielo
casi en todos los sentidos?
¿Cómo he de ver con placer,
a la virtud con el vicio;
la corrupción con lo santo;
a lo sucio con lo limpio;
y comparar la hermosura
entre lo grande e insípido?...
AND. —Pues, muy fácil.
P. JUAN —¡Cómo!... ¡Dí!...
AND. —Leyendo solo mi libro. (Sonríe).

P. JUAN —¡Vana ilusión, del que cree,
elevarse a lo infinito!...

(Ríe sarcásticamente).

LUC. —Porque lo eleva la idea;
porque llega al heroísmo;
porque lo elevan los hombres,
se entiende, de otro sentido
que el de vos; porque lo creen,
sea un nuevo Jesucristo.

P. JUAN (Iracundo) —¡No blasfeméis, insensatos!...

Se ponen todos de pie.

LUC. —No blasfemamos. Lo dicho,
solo es la pura verdad.

P. JUAN —¿Eh?...

LUC. —Repasad bien, los martirios,
y veréis, que por ideas,
por la fe, por el cariño,
como Jesús, sus hermanos
sufrieron torpes suplicios.

P. JUAN —¡Basta!.. ¡Basta!.. No habléis más.

Indica el foro.

¡Salid, salid del recinto!...

AND. —Padre Juan: Atropelláis
lo justo, en vez de lo inícuo.

P. JUAN —¡Idos, dije!...

AND. —Ya nos vamos...

LUC. —Vámonos de aquí, hijo mío...

Vánse madre e hijo muy humildes.

AND. (Desde el foro). —Acordaos, padre Juan,
que despreciásteis mi libro.

P. JUAN —Yo cumplo con mi deber;
es mi Ley, mi Catecismo

AND. —Estáis, padre, en el derecho.
Ya sabéis donde vivimos.

Mutis Lucila y Andrés foro.

ESCENA VI

PADRE JUAN. En el centro muy pensativo. Corre al foro a ver si los ve y se dirige hacia el crucifijo mirándole.

P. JUAN —Ellos vinieron humildes
hasta aquí; pero, ¡Dios mío!
son tan rebeldes, que yo,
no puedo admitir sus juicios.
Sin embargo, lo hice mal;
yo debí, si, de admitirlos.
para analizar la senda
que siguen los enemigos.

Así, sí, que hubiera obrado
en defensa del Catecismo;
más aún, me vibran las voces
de esperanza, que me han dicho;
palabras, que no se borran:
«Ya sabéis donde vivimos».
¿Que me dicen esas frases?
¿Es orgullo o desafío?
¿Es vanidad o es desdén?
¿Es odio, fe o es cariño?
¡Es cariño!... no lo dudo;
pero cariño a su libro;
el cual libro he despreciado,
al ver que me han ofendido.

Se arrodilla y mira el crucifijo, muy apenado.

Tú buen Jesús, que me oíste,
Tú que oíste lo que he dicho,
¿es justo, que por tu amor,
vaya a ver a mi enemigo?...

(Pausa breve).

Pues, ya iré... ¡Bendito sea,
tu divino sacrificio!...
Yo soy un esclavo tuyo...
Mil veces, seas bendito.

(Queda orando breves instantes).

ESCENA VII

PADRE JUAN y FELIPE. Este que es el campanero, es jorobado y entra muy alegre llevando de la mano a dos niñas

FEL. —Válgame el cielo, Señor;
casi las fuerzas me faltan,
para traer la noticia
más feliz, hacia esta casa.
Id hacia allá, bellas niñas;

(Mutis las niñas, lateral izquierda).

y avisad, que todos salgan;
yo le diré a mosen Juan
después de darle esta carta,
que ha venido la marquesa,
que he de tocar las campanas...

P. JUAN —¿Quién interrumpe mis rezos?

FEL. (Volviéndose)—¡El!...

P. JUAN —Estas mis fieles plegarias,
cuando Dios, me llama dulce,
para iluminarme el alma...

FEL. —Señor cura.

P. JUAN (Levantado) —¿Eh?

FEL. —Soy Felipe.
Venid y vestid de gala.
P. JUAN —¿Por qué?
FEL. —Ha venido la marquesa.
P. JUAN —¿Sí?
FEL. —Tomad, leed esta carta.
(Pausa mientras el cura rompe el sobre).
P. JUAN (Leyendo). «Señor cura: Otra vez,
me veréis en vuestra casa;
y al adelantarse el día
que debiera visitarla,
podéis pensar, que un motivo,
muy grande, hacia esa me llama...»
«Solo notó mi presencia
el portador de esta carta,
que es Felipe el campanero;
un hombre de confianza,
al cual le manifesté
no dijera a nadie nada.»
«Hasta luego. Queda atenta.
La Marquesa de Puigualba.»
(A Felipe). Ya lo sabes, campanero;
nada de tocar campanas;
pero eres mi confidente;
y de esto, no digas nada.
FEL. —Bien.
P. JUAN —Y, sales ahora a su encuentro;
coge lo que te haga falta;
y cuando llegues con ella,
entrad por la puerta falsa.
FEL. —Voy corriendo como un rayo.
P. JUAN —Antes oye.
FEL. —Diga.
P. JUAN —¡No digas nada!...
(Mutis Felipe foro).
—Ya me dice que está aquí;
dice, que vendrá a esta casa;
¿qué querrá pues la marquesa,
cuando se anuncia por carta?...

ESCENA VIII

PADRE JUAN y DOROTEA. (Entra esta por el foro con una cesta).

DOR. —¿No sabéis lo que ha pasado,
señor cura?
P. JUAN —No sé nada.
DOR. —Una desgracia muy grande;
es una de esas desgracias,

que cohiben y espeluznan
por lo trágicas y raras.

P. Juan —Caramba Dorotea. Pones
en grave aprieto mi alma.

Dor. —Es que...

P. Juan —Vamos. Dime, dime:
¿qué desgracia, tan extraña,
tan loca o extravagante,
te asusta y te desbarata?

Dor. —Señor: Ya sabéis vos,
que cuando salí de casa
para comprar estos cirios
que han de encenderse mañana,
sonó muy cerca de mí,
una terrible descarga...

P. Juan —¡Ah!...

Dor. —Yo corrí sin rumbo fijo...

P. Juan —¿Por qué corriste?

Dor. —¡Caramba!...
cualquiera se estaba quieta,
con los gritos que allí daban.

P. Juan —¿Y dices que era cerquita?

Dor. —Junto a la calle de Alcántara.
Según rumores que oí
cerquita de la farmacia,
era una persecución,
de un preso que se escapaba,
y que estaba refugiado
en una de aquellas casas.

P. Juan —¿Y nada más has sabido?

Dor. —Quise saberlo; mas...

P. Juan —¿Qué?

Dor. —Pues, nada.
Y, como tantos civiles,
aquella casa rodeaban,
me pregunté: el señor cura,
me lo explicará mañana.

P. Juan —Ya lo supuse en tí eso;
lógica es de confianza;
pero dime: ¿sabes tú,
si han ocurrido desgracias?

Dor. —Yo oí, que había un herido
muy joven, en la farmacia.

P. Juan —Ya es algo. Más, sigue, sigue,
que me suspendes el alma.

Dor. —Yo.....

P. Juan —¿Y sabes el nombre acaso,
de ese sujeto?

Dor. —Andrés se llama.

P. Juan (Estupefacto) —¿Has dicho Andrés?

DOR. —Así dijeron.
P. JUAN —Y... ¿qué más?...
DOR. —Que allí en su casa,
tenía el preso escondido
cuando los guardias llegaban.
P. JUAN —¡Dios mío!...
DOR. —Ya podéis vos suponer,
por qué vino la desgracia.
P. JUAN —¡Basta!... ¡Basta, Dorotea!...
No abandones esta casa.
Quiero obtener aquel libro,
antes que Andrés se me vaya.

(Mutis foro).

(Dorotea mutis derecha).

ESCENA IX

FELIPE y después DOROTEA. (Por la izquierda entra Felipe a gatas. Después de mirar en distintas direcciones se levanta).

FEL. —Señor cura. Ya está aquí;
venid a ver la marquesa,
que allá, por la vicaría,
con ansiedad ya os espera.

(Mira con más ansiedad).

¡Cómo!... más ¿dónde estáis?
¡Señor cura!... Venga, venga.
No tardemos ni un minuto
cuando se trate de fiestas
y caridades solemnes
por la señora marquesa.

(Por la derecha entra Dorotea).

DOR. —¿Buscas al cura, Felipe?
FEL. (Contrariado) —¡Oh!... ¡Ella!...
DOR. —Sí, yo, Dorotea.
¿No necesitas mi ayuda?
¿Te estorba aquí mi presencia?
FEL. —No, pero busco...
DOR. —Al señor cura.
¿No es eso?
FEL. —Sí.
DOR. —Pues sepas,
que salió ahora mismo.
FEL. —¿Salió?
DOR. —Sí. Salió. Por esta puerta.
FEL. —Pero, ¿a dónde?
DOR. —A la farmacia.
FEL. —¿Y a por qué?
DOR. —Quizá a por penas.

FEL. —No os comprendo.
DOR. —Ni os interese.
FEL. —Eres esquiva.
DOR. —Puede lo sea.
FEL. —Mas, es urgente...
DOR. —¿El qué?
FEL. —Saber,
donde está el cura.
DOR. —¿Por ella?
FEL. —¡Claro que sí!... (Aparte) La solté...
DOR. —Pues sígueme.
FEL. —Vamos, vamos... ¡ea!...

(Mutis los dos por el foro).

ESCENA X

LA MARQUESA. Muy elegante con traje negro y sombrero, entra paulatinamente por el lateral izquierda, y después de breve éxtasis en derredor, se sienta en el sillón del sacerdote.

MAR. —¡Mi hijo aquí!... En un rincón,
en un rincón de la tierra,
sin saber quien es su madre,
se entiende: la verdadera...
—¡Oh signo aciago!... Pretendes
ser implacable a mi pena;
más conozco tu intención
y quiero tener conciencia.
¡Qué me importa, ya el dinero!...
¡Qué me importa, ser marquesa,
si he de caer ante él,
convicta y llena vergüenza!...

Pausa.

.....

—Veinte años, próximamente,
hace que dura mi pena.
¡Ay!... si en la vida, dos veces,
las cosas se repitieran...
No se me caería el alma...
Alta iría mi cabeza...

Pausa breve.

.....

Recuerdo, que era un domingo;
más claro: era una fiesta,
en cuya la luz y el lujo
se hicieron la competencia.
De tres galanes que tuve
por amor, siempre en querella,
había uno militar

lleno de gloria y nobleza;
nobleza, en los dos sentidos;
y me quería de veras.
Como el demonio es un loco,
y en el amor todo enreda,
hizo surgir la cizaña
porque el amor fuera a tierra.
¡Ay!... Era una mañana azul,
suave, dulce, fresca, bella,
de esas que suele ofrecer
al mortal, la primavera.
En un frondoso jardín...
(de recordarlo me aterra)...
dos hombres casi desnudos
se atacaban con fiereza
con sable en mano, creyendo,
triunfar de vana quimera.
Era en mi honor la disputa:
más ¡oh! que suerte tan negra;
sucumbió el que más quería,
dejándome, deshonesta...

Solloza breve.

Entonces, el vencedor,
quiso cobrar la querella;
más yo, le hablé en mi amargura,
diciéndole que se fuera.
No me sirvió el argumento
para mitigar sus penas;
y entonces me apostrofó
y me obligó hablar resuelta:
—Caballero,—así le dije:—
no estéis de hinojos en tierra;
comprendo vuestro arrebato,
y no merecéis ofensas.
Yo amé a un hombre, como vos
puede amar, a un ser cualquiera;
pero al amarlo, lo hice...
(que el decirlo me da pena).
dándole con mi cariño,
la fe, ilusión y conciencia...

Pausa breve.

¿Comprendéis, ahora, señor,
si soy de mis actos dueña
para a vos desengañaros,
y no aceptar más promesas?
Y... se marchó enfurecido;
yo quedé llena vergüenza;

después, nació aquel infante;
más tarde...
(Se tapa la cara con las manos y llora).
¡calla, marquesa!...
que el mundo, no juzga siempre,
con acierto las miserias...
(Llora breve muy angustiada).

.....

ESCENA XI

LA MARQUESA, FELIPE y PADRE JUAN. (Precede al cura, Felipe que entra contento, El P. Juan lleva el libro de Andrés, en la mano),

FEL. —Pase, pase, señor cura.
Pase usted que aguarda ella.
(La marquesa se levanta, y seca lágrimas),
P. JUAN (Entrando). —¿Quieres decirme, Felipe,
que ha llegado la marquesa?
FEL. —Mírela usted. (Ríe satisfecho),
MAR. (Avanzando). —Señor cura...
P. JUAN —Bienvenida, de Dios sea,
Cuanto de bueno hacia aquí,
Dios la bendiga, marquesa.
Me esperábais, hace rato,
¿no es verdad?
MAR. —Un ratito; más, ¡ea!
cuando se trata de asuntos
que alivian nuestra conciencia,
no hay rato más agradable
que un paréntesis de espera.
P. JUAN —Sois delicada y con fé.
MAR. —Y en vos, veo una grandeza,
digna de loa y amor,
por justa, clara y serena.
FEL. —Dispensénme los señores:
¿Quieren que toque yo a fiesta?
P. JUAN —Aguarda un poco, Felipe.
Vete, y vigila la puerta
(El campanero, desaparece foro, cerrándolo).

ESCENA XII

LA MARQUESA y PADRE JUAN. (Este, se cerciora del cierre del foro.

P. JUAN (Amable) —Sentaos, en el sillón;
hacedme el favor, marquesa;
y hablad, segura; que aquí
nada trasciende a las puertas.
(El sacerdote se sienta frente a ella),
MAR. —Gracias, padre,

P. Juan —¡Bah!
Mar. —Y, dígame:
¿No llegó a su reverencia,
los ecos tristes de un joven,
que ha publicado la prensa?
P. Juan —Lo ignoro por completo...
Mar. —¿Qué los ignora?
P. Juan —Sí.
Mar. —Pues lea.

Le entrega un periódico para que lea.

P. Juan «Soy el ruín fruto nacido
de la crápula asquerosa;
de la lujuria viciosa;
de lo más envilecido;
de lo que está en el olvido;
de lo que vive al azar;
de lo que no puede amar,
más que con cierto interés;
por tal causa, mi alma es,
rebelde para callar.»
«Qué crimen, ¡oh suerte! citas,
para que fuera al arroyo
mi humilde ser, sin apoyo
de aquellas almas malditas...»
«Gracias, a que las benditas
almas piadosas me oyeron,
y con amor me cogieron,
dándome vida y calor:
que aún hay conciencia y amor,
para los que vil cayeron.»
«¿Por qué presumís las galas
en conciertos y salones,
si por vuestros corazones
circulan sangres tan malas?...»
«No voléis con falsas alas,
que bajaréis de la altura
hacia vuestra sepultura;
pues la Parca, sonriente,
viene y se lleva al paciente
que le atacó tal locura.»
«Si alguna vez, madre mía,
me salieras a mi paso,
comprenderás tu fracaso
si creíste, no vivía.»
«Si tu obra nadie sabía,
hoy la sabrán los mortales;
tus pecados capitales
han de salir a la luz:
que por menos en la cruz,
matan a los ideales.»

«Yo ya sé que tu dinero,
hoy consuela a los mendigos;
pero estos, no son testigos,
de lo que hiciste primero
«Por eso, con pruebas quiero,
ver si es fiel tu caridad,
dando a la publicidad,
lo que hiciste con tu hijo;
que, si hay ser que te bendijo,
no será por tu piedad.»
«Ya lo sabes, madre mía.
Yo no te falto al respeto;
pero a tus acciones reto,
porque son todo falsía.»
«Si alguna vez, noche o día,
nos hallásemos de frente,
no me seas indulgente,
puesto que fuí, y soy tu olvido:
que ya tengo a un ser querido
que me elevó bien la frente.»
Y firma... «Andrés».
(Reflexionando) ¿Andrés?...

MAR. —Andrés, sí.

P. JUAN —¿Y el apellido?...

MAR. —No cita.

P. JUAN —Sin embargo,
Andrés se llama un vecino
y escribe versos como éste,
según lo acredita un libro,

MAR. —¿Un libro?

P. JUAN —Sí. Tomadlo.

MAR. —Gracias. (Lo hojea).

P. JUAN —Yo no sé lo que habrá escrito
su madre me lo ofreció,
para que formase juicio.

MAR. —¿Su madre?...

P. JUAN —Madre sería,
cuando lo llamaba hijo.

MAR. —Yo busco un Andrés, sin madre...
un Andrés, que haya perdido
el regazo maternal,
desde que Andrés, era un niño.
Por esta causa, tan solo,
hoy a este pueblo he venido.

P. JUAN —¿Y los pobres?...

MAR. —Si lo encuentro,
no se quejarán; pues sigo,
hace tiempos, un calvario,
solo falta, de un cariño.

P. JUAN —Me confundís el criterio;

me hacéis pensar vanos juicios;
me atolondráis sin saber...

MAR. Pues, no estéis tan confundido,
que os haré ver la verdad.

P. JUAN —¿De qué?

MAR. —Oid: dice este libro:
«Yo ya sé que tu dinero,
hoy consuela a los mendigos;
pero estos no son testigos,
de lo que hiciste primero...»

Se miran asombrados

P. JUAN ¿Que lee usted?

MAR. —La verdad,
(¿Serán ambos uno mismo?...)

P. JUAN Prosiga, usted, la lectura.

MAR. —(¿Será el que busco?)

P. JUAN (Sospechando algo). —¡Dios mío!...

MAR. (Leyendo)—«Por eso con pruebas quiero,
ver si es fiel tu caridad,
dando a la publicidad
lo que has hecho con tu hijo:
que si hay ser que te bendijo,
no será por tu piedad.»

P. JUAN —Lo mismo que el otro verso.

MAR. —Los dos nos dicen lo mismo.

P. JUAN —Pero, ¿éste Andrés de la prensa,
es el Andrés de ese libro?

MAR. —Por lo que se vé, sí; él es.
Compare usted los escritos,
y verá limpia la clave
de que los dos, son el mismo.

P. JUAN —Luego vos, marquesa...

MAR. —Busco,
a un ser, que por él deliro.

P. JUAN —Pero, ¿cómo?...

MAR. —Nada, padre.
Veo muy claro el camino...

P. JUAN —Es que...

MAR. —Dispensadme la pregunta.
¿Dónde está el autor del libro?...

P. JUAN —Señora...

MAR. —Soy su madre.

P. JUAN —¿Vos marquesa?

MAR. —Sí, yo.

P. JUAN —¿Deliro?

MAR. —No deliráis, ¡ea!... ¡pronto!...
enseñadme ese camino,
para marchar como un rayo
a por él...

P. Juan —Señora...
Mar. —¡A por mi hijo!...
P. Juan —¡Oh!...
Mar. —Y, cuando una madre mala...
P. Juan —¡Mala, no!...
Mar. —¡Mala sí!... ¡Lo certifico!...
después de tantas angustias
por un nefasto capricho,
recupera y reconoce,
lo que tiró y da el cariño,
¿quién podrá impedirle el paso?
¿quién no le abrirá el camino?
¿quién no besará sus plantas,
si honra a la deshonra que hizo?...
Una voz (Desde el interior).—Yo.

Se levantan ambos sorprendidos.

P. Juan —¿Eh?...
Mar. —¡Pase pues!... ¡Venga,
aunque ese yo, sea el mismo
Satanás, que nos confunda
en un caos terrorífico!...

Se coloca ante el foro amenazadora.

P. Juan —Ave María Purísima...
¿Por qué la dejas Dios mío?...

Mira al cielo suplicante.

ESCENA XIII

DICHOS y LUCILA. Al aparecer ésta en el foro, los otros, retroceden como admirados del valor y serenidad. Luego FELIPE.

Luc. —Señor cura... Marquesa...

Se inclina.

Mar. —¡Ella!...
P. Juan —¿Vos aquí?
Luc. —Sí... yo...
Mar. —¿Deliro?
Mi exdoncella...
Luc. —La madre Andrés.
Mar. —¿Tú?...
Luc. —Yo soy.
P. Juan —Por lo visto,
ya vislumbro en lontananza
otro nuevo cataclismo.
Fel. (Asomando por el foro) —Yo no la dejaba entrar.
P. Juan —¡Silencio tú, y a tu sitio!...
Fel. —Ya me voy; pero hay consignas,
que hacen perder a uno el juicio.

Mutis cerrando el foro.

MAR. —¿Qué es lo que quieres, Lucila?
LUC. —Antes que nada, permiso,
para poder aclarar
cierto robo a mi cariño.
MAR. —Siempre que os pertenezca.....
LUC. —¿Cómo que no?
Mar. —Ya está dicho.
LUC. —¡Lo veremos pues!.....
P. JUAN (Severo a Lucila) —Señora:
Por lo que sea, suplico,
sea para la marquesa
su acento más conmedido.
LUC. —Creo, lo puse en su punto;
ya conocéis vos, mi estilo;
yo no creo que el amor,
si es leal, sea ofensivo.
No obstante, me callaré;
más no por los pergaminos;
sino, porque hará justicia,
más bien que yo, otro: mi hijo.
P. JUAN —¡Amenazas, insensata!...
LUC. —No.
No amenazo. Lo que digo
es, que se acerca la hora
de justificar lo dicho.
P. JUAN —Venga pues, la claridad.
LUC. —¿Qué venga?
P. JUAN —Sí.
LUC. (Desde el foro) —¡Hijo mío!.....
P. JUAN —¡Cómo!
LUC. —¡Ven, ven Andrés!
MAR. (Anteponiéndose) —¡¡No!!
¡No es oportuno ahora mismo!...
LUC. —Y, ¿por qué no?... ¡Marquesa!...
MAR. —¡¡Atrás!!...
¡Atrás, rebelde!...
P. JUAN —¡Oh!...
LUC. —¿Eh?...
Mar. —¡Lo dicho!...
Que mi alma no es pendenciera;
que mi alma busca a su hijo;
y, cuando tan inicuamente,
venís en son de martirio,
no os alegréis ni burléis,
de lo que de mí ha nacido.

Llora breve.

LUC. —Con que... ¿vuestro?
MAR. —Sí.

Luc. —¡Lo veremos!...

Sale corriendo al pasillo del foro gritando.

¡Andrés!...

MAR. —¡Rebelde!...

Luc. —¡Hijo mío!...

MAR. —Padre Juan: sacadla de aquí.

Lucila mira con ansia si llega Andrés.

P. JUAN —¡Felipe!... ¡Dorotea!...

Lucila retrocede a escena al ver llegar al foro a su hijo Andrés herido de la cabeza y maniatado con dos guardias civiles detrás.

MAR. —¿Será él?...

Luc. (Lo abraza)—¡Mi hijo, sí!... ¡Es mi hijo!...
pero..... Se lo mira angustiada.

P. JUAN —¡Preso!...

Luc. —¿Y por qué?...
¿Por qué razón, te han cogido?...

Llora y pausa breve.

ESCENA XIV

DICHOS, ANDRÉS y dos GUARDIAS CIVILES. Estos no hablan.

AND. —¡Madre!...

Se sueltan del abrazo que le da ella.

MAR. —¿Eh?...

Luc. —¿Tú preso?...

AND. —Sí...
por salvar a un fugitivo
que me pedía un rincón,
dentro nuestro domicilio.

Luc. —¿Y quién era?

AND. —Un desgraciado
escapado de presidio...

Luc. —Pero, ¿acaso tú estás loco?
¿Puede hacerse un sacrificio
a la ventura de Dios,
sin conocer el motivo?

AND. —Que culpa tiene mi alma,
si para el bien ha nacido...
Yo no sé martirizar;
solo sé amar con cariño;
solo escuchaba sus voces,
voces de un arrepentido
que me decía de hinojos:
salvadme, vos, del presidio...

Pausa breve.

P. JUAN —¿Abnegación o locura?
AND. —Lo que queráis, padre, ha sido.
Vos solo, tendréis razón,
mientras no leáis mi libro.
P. JUAN Vuestro libro, dice cosas,
contrarias al sano juicio.
AND. —Y hay juicios, crueles, contrarios,
que oscurecen el sentido...
¿por qué, pues, lo murmuráis?
P. JUAN —Yo no murmuro; yo afirmo:
queréis cumplir, sin poder,
como os sucede ahora mismo.
AND. —¿En qué os fundáis, que no puedo?
P. JUAN —Me fundo, en lo que hemos visto:
«Que un ser, de juicios tan altos,
vaya por otro a presidio»...
AND. —A veces...
P. JUAN —¡Qué!
AND. —Hay presidarios...
¡que son de la honra, más dignos!...
P. JUAN —¡No lo dirá la razón!
AND. —Mas, puede sí, que el sentido...
P. JUAN —¡Quieres por fuerza triunfar!...
AND. ¡No!...

(El cura va a platicar con la marquesa).

LUC. —Cállate, calla, hijo mío;
que los hombres no son todos
hermanos, como en tu libro;
y por eso te critican;
por eso te falta el juicio;
¡ay! de aquel que cae al suelo,
por la idea, su cariño;
mas valiera...
AND. —Sí, prosigue:
estar mejor en presidio,
¿no es así?...
LUC. —Cierto, sí; vida querida.

(Se abrazan y hablan bajo.)

P. JUAN (A la marquesa.)—Es él, marquesa.
MAR. —¿El?
—Vuestro hijo.
Id resuelta.
AND. (Soltando a Lucila).—Y ahora, ¡adiós!...
LUC. —¿Y hasta cuando, dí, hijo mío?
¿Por qué no dejas la idea?

Al hacer mención de marcharse, se adelanta la marquesa

MAR. —Un momento, Andrés. Digo...,
¿si queréis oirme?...

AND. —¿Por qué no?
Soy para vos, todo oído.
MAR. Gracias, gracias; pero...
AND. —Hablad;
estoy a vuestro servicio,
mientras los señores guardias,
quieran a vos consentirlo.

Los guardias asienten con un signo de cabeza.

MAR. —Hace tiempo, que ya os busco,
AND. —¿A mí?... (Aparte.) Qué raro capricho.
MAR. —Os busco, porque quisiera,
que supierais quien ha sido.
quien labró vuestra desdicha...
AND. —¿Vamos a tener un juicio?
MAR. —No; pero escuchadme un instante;
y después de hacedlo, idos:
quiero obtener un perdón.....
AND. —¿Perdón de mí?... ¡Y qué lío!...
para el que ya nada puede;
para el que se va a un presidio.....
¡Hablad, señora!.....
MAR. —Es el caso...
AND. —Adelante, adelante.
MAR. —Sigo.
Que de resulta de amores,
se entiende; del ilegítimo,
nació un bastardo...

(Llora breve).

AND. —Diréis
mejor: nació un hijo...
¿No es así?...
MAR. —Justo. Sea así,
puesto que así es vuestro juicio.
Y ese hijo, se le llama Andrés.
AND. —Como yo.
MAR. —Que ese hijo ha sido,
venerado en mis ensueños
con el más grande cariño.
AND. —¿Y aún no lo habéis encontrado?
MAR. —Aún no.
AND. —Pues...
MAR. —Y, tiene un libro,
en el cual, culpa a una madre,
en el más duro sentido.
AND. —¡Alto, señora!... ¡Ya entiendo!...
¿Qué buscáis en mis escritos?
¿Buscáis, mitigar las penas,
con lágrimas de cocodrilo?
MAR. —No, eso no: yo ami hijo le amo,

AND. —Pero, ¿bajo que sentido?
MAR. —Bajo el sentido, que me ame...
AND. (Mucha acción) —Y lo pasado, al abismo,
¿no es así?... Pues, no insistáis;
dejadme libre el camino;
que el oropel no me ciega,
ni el vano amor, ni los títulos;
puesto que se me olvidó,
cuando más falta el cariño.

Todos se asombran de la revelación

MAR. (De rodillas) —¡Perdón!... ¡Perdón, para mí!...
¡Soy tu madre!... ¡Sí, hijo mío!...
AND. —¿Vos mi madre?...
MAR. (Llorando hasta fin de escena) —¡Sí!...
AND. —¿Desde cuando?
¡Madre, es ésta!... Por Lucila que sonrie.
MAR. —¡Oh!... Se levanta del suelo.
—¡Esta ha sido,
la que me cogió al tirarme
vuestro proceder inícuo!.....

Con mucho entusiasmo.

AND. ¡Esta, sí!... ¡Esta merece,
que siempre le ame su hijo!...
¡Y la besaré así!...

Lo hará muy patéticamente.

¡Mientras
tenga vida!.....
LUC. —¡Basta, hijo mío!...
AND. —Pero, ¿a vos?... ¿Y quien sois vos?
¡Vos sois, el ruín maleficio,
que ha ocultado la deshonra,
quizás, por falso egoismo!...
¿Y ahora me buscáis a mí?
¿Y ahora buscáis a vuestro hijo
¿Ahora queréis que perdone,
después de mil sacrificios
que hizo esta buena mujer,
que me dió vida y cariño?...
¡Vamos, marquesa!... ¡Callad!...
¡Callad, si me habéis oído!...

Corre y abraza en adiós de despedida a Lucila, que llora también.

¡No hay más madre para mí,
que Lucila!...

Llora breve y se dirige a los guardias

¡Vamos!...

Luc. (Corre detrás de él) —¡¡Hijo!!...

La marquesa cae de hinojos ante el crucifijo y llora copiosamente.

El cura reza mirando al cielo.

TELÓN, lento.

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Interior de una celda de un presidio antes de amanecer. Un camastro de madera corrido sobre el que aparentan que duermen cuatro penados con el típico traje a ser posible de rayadillo y numerados. Esto a la izquierda. A la derecha, un cántaro de agua, alguna banqueta y recado de noche. Al foro una puerta con su mirilla para el vigilante y una luz débil. El aspecto del calabozo será media luz, con tendencia a oscuro. Se oirán a lo lejos, las voces de «Centinela alerta» siendo correspondidas con las de «¡Alerta! .. ¡Alerta está!... Después de una breve pausa, entrarán al calabozo en mímica reconociéndolo, un cabo de vara y dos agentes, estando en el foro varios soldados con armas en actitud de «Preparen para hacer fuego». Hecho el rápido reconocimiento, saldrán los guardianes cerrando la puerta única del calabozo.

ESCENA I

PRESIDARIOS números 50, 62, 181 y 410. (El señalado con el 410, será el propio Andrés que, muy contrario con el pensar de los otros, estará dormido en realidad y ocupará el extremo. junto a la pared foro.)

50. (Levantando la cabeza) —Mucho oído y atención;
la consigna, será esta:
un silbido muy agudo,
tras una voz muy enérgica
que se oirá en el espacio
cuando el caso lo requiera.
Entonces, me seguiréis;
romperéis vuestras cadenas;
y cual huracán bravío
iremos hacia la puerta,
en cuya, los confidentes,
trabajan por nuestra cuenta.
Lo demás ya está previsto;
no faltan clavos ni cuerdas,
ni voluntad ni valor,
que no esté de parte nuestra.
Ya sabéis pues la consigna;
prestad tan solo obediencia;
que el mismo golpe preparan
en las inmediatas celdas.

62. —De modo que...

50. —Ahora, silencio,
por si nuestro golpe observan;
y si llega a realizarse,
valientes, y a la cabeza.
62. —Mas...
50. —¿Qué?
62. —¿Y ese muchacho?...

(Por Andrés).

¿No nos ayuda en la empresa?
50. —No es propio, que nos ayude,
un loco que siempre sueña.
181. —Igual juicio formé de él;
es peligroso de veras;
siempre nos echa sermones,
y habla de paz y conciencia.
50. —Es verdad. ¡Pobre muchacho!...
Es un infeliz, que piensa
sobornar el mal espíritu
de los hombres, con miserias...
¡Desgraciado!... ¡Soñador!...
¡Lástima que no comprendas,
de que el presidio es tan duro,
como duras son, las piedras!.....

(Pausa breve)

Gracias que su pena es leve
si la compara a las nuestras...
¿No es verdad muchachos?...
181. —Cierto.
50. —Observemos pues.
181. —Y alerta
50. —Y, cuando yo haga señal...
62. —A tierra, ¿verdad?
50. —Sí. ¡A tierra!...

(Escuchan con ansia).

ESCENA II

DICHOS. (Andrés soñando, comienza por incorporarse sin despertar).

410. —Mi vida... ¿Y qué es mi vida?
Solo un continuo martirio...
181. —Vuelta otra vez al delirio.
50. —¿Estropeará la partida?
410. —Justo es amarla si fuera
toda igual, a los mortales;
más, ¡oh! falsos ideales,
que solo amáis la quimera.
—¿Por qué os cebasteis en mí,
con instintos inhumanos,

si a los hombres, mis hermanos,
los amo con frenesí?
¡Ideales!... Como os burláis
y me acorraláis cual fiera;
como si alma no tuviera...
¿Que es lo que de mí pensáis?
¿Pensáis, que yo amo la vida,
como la aman los mortales?
¡Ah!... pecados capitales,
que me la tenéis hundida...
Es mi vida una aflicción;
y ya mi dicha, es la muerte;
nada espero de la suerte,
porque me odia, sin razón.
Pero, ¿quién quiere morir?
¡sólo el ser, que sufre o pena!...
la vida alegre, ¡que buena,
debe ser, para vivir!...
Así, sí, que viviría,
con felicidad el mortal;
pero la Ley Natural,
parece, no existiría.
Por eso la Muerte asusta;
más, desde abajo a la altura,
vamos a la sepultura...
¡Esto, sí, que es Ley bien justa!...
Y no obstante; en los mortales,
todo es guerra y avaricia;
todo pasión o malicia,
para al morir, ser iguales.
Entonces, ¿por qué luchar?
entonces, ¿por qué vivir?
si tan seguro es morir,
¿por qué no hemos de odiar?...

(Pausa breve).

Promesas por egoismo,
ni santas son, ni son puras
solo son, vanas locuras,
que al final, traga el abismo.
Y así se vive constante;
siempre con falsa ilusión;
y es que nuestro corazón,
hace como el navegante.
Solo la muerte, que espanta,
a los que piden piedad,
les dá esa tranquilidad
que a los dichosos encanta.
De lo que aquí se deduce,
que nuestra vida no es seria;

sino vanidosa feria,
que nos engaña y seduce.
Y sin embargo, reñimos;
y sin embargo, gritamos;
y a la muerte la retamos,
cuando esta viene con mimos.
Mas, como fin todo tiene,
el grande, el mediano, el chico,
dobla, cae o cierra el pico,
y hacia la fosa se viene.
Y, ¡adiós, vanidad atrevida!...
¡Adiós, orgullo, ambiciones!...
¡Adiós, miseria y millones!...
¡Como la Muerte, no hay vida!...

(Pausa).

ESCENA III

DICHOS. (Por la mirilla del foro mira un vigilante desde fuera, y se retira).

50. —¿Parece que se ha callado?
62. —Ya ha callado ese maldito...
181. —Mira, que tiene un piquito,
para dejar encantado...
50. —Ya se sabe.
181. —Es elocuente.
62. —¿Elocuente?
181. —Si.
62. —¡Qué simplezal...
181. —Al menos, con entereza,
filosofea valiente.
62. —Bien. Ya es propio de locos
ensartar majaderías.
181. —Pero, sus filosofías,
se les ocurre a muy pocos.
62. —De modo, ¿que tú defiendes,
a ese simple romancero?
181. —Yo no lo defiendo: quiero,
que comprendas, si no entiendes.
50. —¡Basta!...
62. —Es que...
50. —¡Tú te callas!...
Dejad el simple ideal...
Hay que oir nuestra señal,
para saltar las murallas.
181. —Mutis.
50. —Y en observancia.
62. —Ya callo.
50. —Y prepararse;

que el que no pueda escaparse,
no le arriendo la ganancia.

Pausa. Se oye un silbido agudo.

.....

181. —¡Un silbido!...
62. —Si.
50. —Escuchemos.
181. —¿No es hora?
50. —Ha de sonar.
Hay que oir muy bien vibrar,
cierta voz para que obremos...

Nuevo silbido y luego otro.

181. —Y repiten.
50. —¡Satanás!...
Es una señal muy mala...
181. —¡Eh!...
50. —Nos descubrieron la escala
de la muralla de atrás...
181. —¿Y ahora qué?
50. —Por la cloaca,
tenemos otra salida.
62. —¿Y si está comprometida?
50. —Entonces... ¡mano a la faca!...
62. —Mas ahora, redoblarán
las centinelas de adentro.
181. —¿Y si vamos al encuentro?
50. —Entonces...
181 —¡Qué!...
50. —Nos matarán.

Un silbido más fuerte y prolongado.

181. —¡Qué es eso!
50. —Nuevo silbido Se miran los tres.
62. —Y va el cuarto, sin la voz.
50. —¡Esto es cruel!...
181. —¡Cruel y atroz!...
62. —¿Qué hacemos?
50. —¡Que me decido!...

Saltan a tierra. Andrés duerme.

62. —¡Fuera cadenas!...
181. —Silbemos.
62. —Duro, y a lo hecho pecho.

Silba el 181, y le contestan.

181. —¿Lo oís?
50. —Sí...
181. —¡Animo!...
62. —En acecho....

Se acercan al foro libres de cadenas.

50. —Tomad ganzúas...
62. —Forcemos...

Pausa. Forcegean la puerta.

ESCENA IV

DICHOS. Al oir tanto ruido, despierta Andrés.

410. —¿Qué es esto tanto tropel?
¿Por qué tanto ruido dentro?
¿Queréis reducir el mundo
al más mezquino elemento?...
(Los mira aterrado).

181. —¡Otra vez el soñador!...
No dejan de palanquetear.

410. —¡No el soñador: el despierto!

50. —No le contestéis ninguno,
que él no sabe lo que hacemos.

410. (Enérgico).—¿No habéis oido?.. ¿Qué hacéis?..
¿Qué locuras o misterios,
hacéis vibrar porque esté
tan despierto mi cerebro?

62. —No cejar.

50. —Ya cede.

181. —Más, más...
Se abre el foro paulatinamente.

50. —¡Por fin!

410. —¡¡Oh!!

62. —¡Recinto abierto!...

410. (Salta a tierra atado). —¡Alto!... ¡Oid!...

50. —¡Ja, ja, ja!... ¡Loco!...

410. —¿Loco yo?... ¡No!... ¡Deteneos!...
Los otros presos miran para huir por el pasillo.
¡Cómo! .. ¡Qué!... ¿Abandonáis
al que por vosotros preso,
está sufriendo una pena
cual humilde misionero,
amando hasta lo salvaje
porque seáis todos buenos?
¿Así pagáis mis amores?
¿Yo merezco esos desprecios?
¡No puede ser, no!... ¡Venid,
ingratos!... ¡Aquí!... ¡Perversos!...

50. (Retrocediendo). —¡Chits!...

181. —¡Calla!...

50. —¡Loco!...

410. (Gritando). —¡No soy loco!...

50. —¡Toma pues!...
Le dá una cuchillada y huyen.

410. —¡Ay!... Me muero... (Cae a tierra).
Lucila... madre... herido...
ven, ven... te lo ruego...

no quise perder... las libres
acciones... de... esos presos;
pero... me aborrecían... sí,
por demasiado... quererlos...
ven... y perdó... nalos tú...
¡ay!... yo los perdono.....

VOCES EXTERIORES —¡Fuego!...
—¡Fuego!...

Se oyen descargas. Despavoridos y retrocediendo de espaldas y las manos en alto, se reintegran al calabozo los tres evadidos.

ESCENA V

DICHOS, DIRECTOR PENAL, CABO VARA, AYUDANTES y pelotón de soldados con su jefe a la cabeza que no pasarán del foro. El director apunta con el revólver lo mismo que sus ayudantes, a los presos, que están de rodillas lateral derecha.

DIR. —¡Miserables!...
50. —¡Clemencia!...
62. —Perdón...
DIR. —¿Qué os perdone?...¡Bandoleros!..
¿Qué me decís de este cuadro?
¿Qué contestáis, si en el suelo
se desangra el que ha querido
daros con su honra el ejemplo?
181. —¡Señor!... Yo...
62. —No quisimos...
DIR. —¡Chits!... Ni una palabra. Silencio.
Reconoce al herido.
Grave parece... Vigilantes:
Recoged a este mancebo,
y a la enfermería pronto...
y a vosotros... (Por los presos).
ya hablaremos.

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Telón corto. Representa un pasillo de la prisión. Exterior de los calabozos en los que se representaba la anterior escena, numerando las celdas números 12, 13, 14 y 15. Ante la n.º 14, todos los personajes de la última escena, excepto los presos, arreglando mejor la camilla del penado Andrés.

ESCENA I

410, DIRECTOR, VIGILANTES 1.º, 2.º, CABO DE VARA, sargento y soldados.

410. (Media voz) —Madre.....
CABO VARA —Aún respira,
DIR. —¡Infeliz!...
VIG. 1.º —¡Lástima!...

VIG. 2.º —Muy buen muchacho.
DIR. —Arregladlo bien, y al médico...
¡Deprisa, para curarlo!...
CABO VARA —Puesto que así lo queréis...
DIR. —¡Ea!... ¡Pronto!...
CABO VARA. —Pues andando.

Mutis izquierda todos menos el Director que queda triste contemplándolos como desaparecen.

ESCENA II

DIRECTOR. Asegurando los cerrojos del calabozo n.º 14.

DIR. —Y vosotros, mala gente,
engendros del mismo diablo,
que sufriendo una condena
queréis al mundo arrollarlo,
ya daréis cuentas a Dios
de vuestros indignos actos,
cuando la Justicia humana,
os señale con su mano.

Pausa breve.

ESCENA III

DIRECTOR y PADRE JUAN. Este entra en el mismo momento que el director sale por la izquierda y se detienen asombrados.

P. JUAN —Dios os guarde, director.
DIR. —Padre Juan. Cuanto me alegro
que vengan hoy los amigos
en tan felices momentos.
P. JUAN —Venia...
DIR. —Diga.
P. JUAN —Por si pudiera,
dejarme hablar con un preso.
DIR. —Mala hora es ahora; más.....
P. JUAN —¿No puede ser?
DIR. —Antes tengo
que ordenar una inspección
escrupulosa de presos.
P. JUAN —¿Pues?...
DIR. —Hoy aquí sofocóse
un plante bastante serio
P. JUAN —¡Caramba!... ¿Qué gravedad
hoy ha ocurrido?
DIR. —El suceso,
repercute algunas veces,
llegando hasta cierto extremo,
en que la guardia funciona
haciendo fuego sobre ellos.
P. JUAN —¡Jesús!... Y, ¿han hecho víctimas?

DIR. —Hasta ahora, cuatro lo menos
de gravedad.
P. JUAN —¡Dios santo!...
DIR. —De esas cuatro, hay un mancebo,
que gracias a sus avisos
o sus voces, ha sido el hecho
por las rondas y las guardias
a su tiempo descubierto.
P. JUAN —Si cura, pues, ese herido...
DIR. —Gracia pediré al Supremo.
P. JUAN —Bien lo merece.
DIR. —Su acto,
encarna lealtad, fe, anhelo,
por ser hombre de bien,
de equitativo, sincero,
honrado y voluntarioso,
y amante hasta de lo ageno...
P. JUAN —No me parece que abusa
usted con los epitetos,
si se refiere usted a uno
que en la memoria lo llevo;
y, que por él, vengo aquí.
DIR. —¿Cómo se llama el mancebo?
P. JUAN —Se le llama Andrés.
DIR. —¿Cómo?
P. JUAN —Andrés se llama ese preso
a quién venía yo a ver.
¿Está herido?
DIR. —¡Casi muerto! ..
P. JUAN —¡Qué dice usted!... ¿Es autor
de la rebelión?
DIR. —No. El que ha hecho
abortar, el golpe audaz,
pagando con su pellejo.
P. JUAN —Nobleza ingrata... Infeliz...

Mirando al cielo.

¡Que dirá su madre!... Veo
tan oscuro el horizonte,
tan profundo, cruel y tétrico,
que, ¡oh, Marquesa de Puigualba!...
bien pagas hoy, tus excesos...
DIR. (Muy asombrado)—Padre Juan.Nombrásteis vos,
nombres, que aún yo los recuerdo.
P. JUAN —¿Eh?...
DIR. —¿Vive aún, la Marquesa
de Puigualba?
P. JUAN —¡Ya lo creo!
Si soy yo su confesor...
¿La conoce usted?

DIR. —En tiempos,
en que el amor juvenil,
va por las praderas suelto,
tuve un lance con un novio
de ella...

P. JUAN —¡Ah!... ¡Demonio negro!...
¿Vos, sois aquel, que mató...
al teniente... (Le tapa la boca con la mano).

DIR. —¡Chist!... No quiero,
que en un penal se divulguen
actos, que ya no hay recuerdo.

P. JUAN —Callaré; pero quisiera
ver al herido.

DIR. —¿Al mancebo?

P. JUAN —Sí; a vuestra víctima de amor.

DIR. —¡Os recomiendo silencio!

P. JUAN —¿Vamos?

DIR. —Sí, (Al cura). Ni una palabra de...

P. JUAN —Descuidad... Yo os lo prometo.
Mutis izquierda. Director.
¡Señor!... ¡Señor!... me descubres
sin querer, lo que no quiero...
Mutis mismo lado.

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

La enfermería del presidio. Puerta al foro cerrada por fuerte reja por la cual se vé que pasea haciendo guardia un empleado en su parte exterior, que simula un largo pasillo. Dos camas a cada lateral con sus correspondientes heridos, que, a excepción del herido, primera izquierda, que será el propio Andrés, los demás pueden simularse con trapos o muñecas los seres yacentes. Una ventana con barrotes hierro a la izquierda y un pequeño botiquín derecha con algunas sillas y cuadros dará remate al completo aparato y menaje de la estancia.

ESCENA I

DON BRUNO y VENTURA. Practicando el vendaje del pecho del recluso Andrés que está grave.

DON BRU. —Bueno. Es así. Bien, bien.
Y ahora, reposo absoluto;
un poco oscura la estancia
y hasta mañana en ayuno.

VEN. —Y esta fiebre, ¿se combate?

DON BRU. —No. Que siga mejor su curso.
Quién sabe, si conseguimos
lo que espero; un cambio brusco,
que nos despeje la incógnita
para curar más seguro.

VEN. —Bien, doctor, se cumplirá.

DON BRU. —Adiós pues. Mutis foro.

VEN. —Adiós, don Bruno.

Pausa. El practicante se entretiene arreglando el botiquín y después sillas y camas de los otros heridos.

ESCENA II

VENTURA. Muy satisfecho.

VEN. —Es una bella persona
este querido doctor;
todo lo ofrece y pregona,
de modo, que carazona
en la amargura su amor.
En un instante, dos curas
de compromiso; y seis leves,
hechas con tantas dulzuras,
que con placer le procuras
complacer, en lo que debes.
Hay doctor, cruel, farreño,
que tortura al desgraciado;
éste, al contrario: risueño,
le cura y procura un sueño,
tranquilo, dulce, envidiado...

Pausa breve.

ESCENA III

VENTURA, DIRECTOR y PADRE JUAN. Desde el foro los dos últimos.

DIR. —Pasad, padre,
P. JUAN —Gracias.
VEN. Aparte. —Un cura...
¿Qué querrá aquí el director?
¿Si habrá habido otra locura?...
Veremos pues...
DIR. (Llamando al enfermero). —¡Ventura!...
VEN. —Mande.
DIR. —Le recomiendo al señor.

Este saluda al cura y desaparece pasillo izquierda.

ESCENA IV

VENTURA y PADRE JUAN. Este avanza. El vigilante cierra.

P. JUAN (A Ventura) —Una ansia me trae aquí...
VEN. —¿Secretos de confesión?
P. JUAN —No tal, muchacho, que son,
problemas que resolví.
VEN. —Preguntad cuanto queráis,
si en algo puedo serviros.
P. JUAN —Gracias. Lo que he de deciros,
pronto lo comprenderéis.
VEN. —Hablad, padre.
P. JUAN —Necesito,
saber cual herido es,
uno que se dice Andrés...
VEN. —Es éste. El más jovencito.

Señala 1.° izquierda.

P. JUAN —¿Puedo verlo?
VEN. —¡Con cuidado!...
P. JUAN —¡Ah, criatura, criatura!...
VEN. —Baje la voz, señor cura,
que me lo han recomendado.
P. JUAN —Tenéis razón; perdonarme;
ya veo, que el caso es serio;
mas al tratar de un misterio,
lo hice, lo hice sin fijarme.
VEN. —Se comprende.
P. JUAN —Pronto aquí,
creo su madre vendrá.
VEN. —No sé si hasta aquí entrará.
P. JUAN —Ya le aseguro, que sí.

Se oye un timbre.

VEN. —Perdón, perdón, señor cura.
Me llama la Dirección.

Hace mutis foro.

P. JUAN —Ya tiene usted mi perdón.
Hasta luego, don Ventura.

Pausa breve.

ESCENA V

PADRE JUAN. Muy triste contempla al infortunado Andrés.

P. JUAN —¡Pobre Andrés!... Que resignado,
sabes cumplir tu doctrina;
no he visto más disciplina
ni aún en la del fiel soldado.
Vencido por tus amores,
no has sabido defenderte;
y es que tienes en la muerte
el triunfo, de tus dolores.
Bien lo dices en tu drama:
«TRIUNFAR DESPUÉS DE MORIR».
Esto me quiere decir,
que no todo el mundo te ama.
Por eso vengo corriendo;
para admirarte he venido;
pues triunfas, como has querido...
¡lástima!... que estés muriendo...
No obstante, yo aquí estaré,
mientras tu pecho respire...

Con vehemencia.

¿Quieres, Andrés, que te admire?
¡Vuelve en tí, que así lo haré!...

Pausa, mira al cielo y reza.

ESCENA VI

PADRE JUAN, VIGILANTE y LUCILA. Va tocada de mantilla y traje negro esta última y entrega una tarjeta al vigilante.

Luc. —La enfermería...
VIG. —Está aquí.
Allí verá los heridos. Le abre la reja.
Luc. —Gracias
VIG. —¿Tiene usted algún familiar?
Luc. —Sí, señor: Tengo a mi hijo.
VIG —Pase usted
Luc. —Gracias.
VIG. —Mandar.
Luc. (Avanza un poco) —¡Mi hijo!. . ¡Oh!.. pero, ¡Dios mío!
Estoy dentro, y me parece,
que no estoy dentro de un presidio....
Mira en derredor.
Allí reza uno. Avancemos.
¿Si habrá muerto algún herido?
Llamando al cura.
¿Eh?... Señor, señor... perdonad...
P. JUAN (Que rezaba se vuelve) —¿Quién llama?...
Luc. (Estupefacta al reconocerlo) —¡Ah!...
P. JUAN —¿Vos?. .
Luc. —Mi hijo,
¿sabéis si vive?
P. JUAN —Mirad.....
es éste.....
Luc. (Corre y lo abraza). —¡Hijo mío!...
¡Soy tu madre!... ¿Vives aún?
¿por qué razón te han herido,
si tú eres para una madre,
su fe, su paz, su cariño?... Llora.
P. JUAN —Callad, Lucila. No ha muerto
por ahora, vuestro hijo;
y no es prudente que él oiga
llantos, porque en los auxilios,
está tan bien auxiliado,
como del amor servido.
Luc. —Si es así...
P. JUAN —Podéis creerlo.
Luc. —¿Y curará?...
P. JUAN —Tanto... no digo.
Luc. —Pues...
P. JUAN —Solo sé, que estoy aquí
porque admiré ya a su libro...
Luc. —Padre Juan: ¡Qué bueno sois!...
¿Me ayudaréis?
P. JUAN —Ni decirlo.
Ya lo sabéis.

ESCENA VII

DICHOS y MARQUESA; y luego ANDRÉS, casi agonizante. La marquesa enlutada da su tarjeta al vigilante en el foro.

MAR. —Gracias, gracias...

Habla breve con el vigilante.

P. JUAN —¡La marquesa!...

LUC. —¿Eh?

P. JUAN —Lo dicho.
Vendrá porqué la noticia.
le habrán dado del herido.

LUC. —¿Y, pueden caber dos madres,
en este triste recinto?..,

P. JUAN —Creo que sí.

LUC. —Se equivoca, padre,,,
¡Solo cabe una!...

P. JUAN —¡Dios mío!...

LUC. —Solo una, que esa soy yo...
la otra, no; no quiso a su hijo...

MAR. —Padre... Entra la Marquesa.

P. JUAN —Marquesa...

MAR. —Lucila...

LUC. —Señora...

A pesar del triste caso que la lleva, la marquesa se deja llevar del orgullo y mira con desprecio a la exdoncella, que al fin lo comprende esta.

LUC. —¿Por qué venís, si mi hijo,
no ha de escuchar vuestra voz
por ser vuestro amor tan cínico?

MAR. —¿Qué es lo que decís, Lucila?

LUC. —Lo que mil veces he dicho:

Mirando a su hijo.

¿Verdad que no le amas a ella?
¿Verdad que tú eres mi hijo?
¿Verdad, que sólo es tu madre
Lucila?... ¿Verdad, hijo mío?...

Llora y lo contempla.

MAR. —Pero, ¡mujer!

LUC. —¡Qué!

MAR. —Escuchad...

LUC. —¡¡No!!

(Amenazadora) ¡Idos de aquí!... Idos'...
¿Por qué turbáis mis amores?
¿Por qué aumentáis mis suplicios?
¿Qué habéis hecho por su honra?
¿Qué habéis hecho, si en presidio
sigue, sin que vuestra voz,
se oiga para redimirlo?.....

MAR. —Lucila; soy su madre...

LUC. —¡Oh, no!...

MAR. —Lo tengo reconocido.

LUC. (Irónicamente) —¡Vos? —¿Cuándo se muere?...

¿Ahora hacéis el sacrificio?

Arrojándose al cuello de Andrés.

¡Andrés!... ¡Vuelve en tí!...
¡Escucha!... ¡Oye, hijo mío!...
¡Quiere la hidra venenosa,
robarme ahora tu cariño!...
¡Despierta!..... Pausa breve.

ANDRÉS balbucea algunas frases incoherentes y pone en angustia a ellos.

AND. (Débil voz). —Madre...
P. JUAN —Por fin.
LUC. —¡Habla!... ¡Habla!...
¡Dios quiere volverte el juicio!...
(Invitando). Hablad, marquesa. Probad,
si es vuestro o mío, este hijo,
MAR. (Con dulzura). —Andrés,
AND. —¿Quién?...
MAR. —Soy yo; Tu madre...
AND. —¿Lu... cila?...
MAR. —No, hijo mío.
La Marquesa de Puigualba.
AND. —¿La Marquesa?
MAR. —Sí.
AND. —¿Has... venido,
a que... te, perdone yo?
MAR. —Sí; y a que me dés tu cariño.
AND. —No, puedo amarte...
MAR. —¿Cómo?
AND. —Yo... no quisiera... decirlo...
MAR. —¡Oh!...
AND. —Pero tú, sin com... pasión...
MAR. —¡¡Falso!!
AND. —Me, tirastes... al... abismo...
MAR. —¡¡¡Jesús!!!

Retrocede espantada mirándole.

¡No, no!... ¡Tú curarás!...
y tendrás paz, oro, títulos...
y una madre... (Llora) arrepentida...
¡Madre de verdad, hijo mío!

Pausa breve.

P. JUAN —No le atormentéis, marquesa.
MAR. —Pero, ¡Dios mío!... ¿Mi hijo,
no puede reconocer
mi amor?
LUC. —No.
MAR. —¿Por qué?
LUC. —Por cínico.
MAR. (Que llora). —¡Ah!...
LUC. —¿No oistéis su confesión?
¿No le pedistéis cariño?
¿No oísteis, nombrar mi nombre,

como único ser querido?...
pues... ¿qué esperáis?...
Pausa Solo se oirá llorar.

AND. (Media voz.) —Madre...
Lu... cila...

LUC. —¿Lo oís?... ¡Hijo mío!...
Lo mima y mira con vehemencia.

AND. —¿Eres .. Lucila?...

LUC. —Lucila soy.

AND. (Agónico). — Da... me... un... be... so...

LUC. —¿Uno?...

AND. —Ah... Muere.

LUC. —¡¡Hijo!!...
¡Oyeme... mas... ¡Oh!...

P. JUAN —Qué...

LUC. —¡¡Muerto!!...

P. JUAN —¡No, no!...

LUC. —¡Sí, sí!...

P. JUAN —¡Dios mío!...

LUC. (Como alocada). —¡Socorro!... ¡Aquí!... ¡Venid!...
¡Venid!... ¡Que ha muerto mi hijo!...
Cae abrazada al cadáver llorando.
Pausa.

ESCENA VIII

DICHOS menos vigilante, que al oir «socorro» desapareció. El cura reza.

MAR. —Y ha muerto sin confesión;
me ha despreciado el cariño;
renegó hasta de mi sangre;
yo creo, que me maldijo...
¿Y aún vivo yo?... ¡Señor! ¡Señor!...
¡Qué triste hicísteis el sino
para esta infeliz mujer,
que caminó hacia el abismo...
Pausa breve y mira al cielo
Perdón, perdón, Dios del cielo!
perdón, perdón hijo mío;
has triunfado, hasta en la muerte;
ha triunfado, si, tu libro;
has hecho que te escucharan,
hasta los que no han querido;
que en eso estriba tu idea;
que en ella surge un delito,
de tu madre, que cual muchas,
les ciega el falso egoísmo,
para caer, como yo,
manchada, sin fe, y sin hijo ....
Pausa

—¡Ah, flaquezas, de la vida,
si lo hubieras recogido!...
No llorarían dos madres;
no hubiera muerto en presidio;
no me hubiera deshonrado,
tan canallesco motivo...

Cierra los ojos y se arrodilla ante el cadáver.

Reconozco que pequé...
¡Perdón, por todo... Dios mío!...

Llora.

ESCENA IX y última.

DICHOS, PADRE JUAN dirigiéndose a ellas.

P. Juan —Llorad, llorad con razón;
llorad, llorad por vuestro hijo;
ahora os hará más unidas
a las dos, vuestro destino.
Y, leeréis en las páginas,
de este prodigioso libro,

Lo enseña.

formas de evitar miserias,
falsedad, rencor, martirios,
que en este mundo le ofrecen
al mortal, en su camino.
Cuando lo leáis, decidme:
¿Ha muerto o no ha muerto el hijo?...
¡No ha muerto!... diréis las dos;...
está en el libro bien vivo.
Por esta causa; y por bueno,
al libro y a él, los bendigo.

Hace la señal de la cruz en el aire

TELÓN, muy lento.

FIN DEL DRAMA

Artes Gráficas Graver
Figueras